

SÍ A LA RESISTENCIA A LA HISTORIA

SANDE COHEN¹

La historia... 'hecha de materiales [las inferencias] que no están allí, en un
archivo o en algún otro lugar'.

Keith Jenkins, At the Limits of History

En un mundo terminado, el sueño y la vigilia no podrían distinguirse.

John Dewey, Art as Experience

Los tópicos sobre los que quisiera hablar en este ensayo en homenaje al proyecto de Keith Jenkins son la historiografía y la continua vida intelectual. En su prefacio a *At the Limits of History* de Jenkins, Hayden White se refiere a él como un "hombre Blakeano de la izquierda", alejado del pensamiento convencional o Apropriado (Jenkins 2009, 3). Dejar lo Apropriado es afirmar, como dice Blake en sus *Visions of the Daughters of Albion* ("Visiones de las hijas de Albión"), *llegar a estar* "Abierto al goce y al deleite"². En este ensayo, voy a alternar entre presentar su *crítica* de la escritura académica de la historia y las *afirmaciones* que hace sobre la vida intelectual actual, centrándome en sus lecturas de autores contemporáneos. Mi intención es *trabajar* con los escritos de Jenkins, mostrando las apuestas crítico-afirmativas en sus escritos y conectando su obra a cuestiones intelectuales mayores, sugiriendo una interpretación de que su *oeuvre* pertenece a un cruce de *existencialismo analítico*. Jenkins se ha ganado un lugar en lo que uno podría llamar los Anales de (los Supuestos) Crímenes de la Historiografía, al haber recibido muchas acusaciones falsas y tergiversaciones; muchas veces ha sido llevado a juicio, acusado de presentismo o

¹ Profesora Emérita del California Institute of the Arts, Estados Unidos. Correo electrónico: sande.cohen@hotmail.com

² William Blake, *Visions of the Daughters of Albion*. En <http://www.blackcatpoems.com/index.html>

cosas peores. Una y otra vez uno lee que las preocupaciones de Jenkins no son las de los historiadores profesionales. Pero ¿hay tal cosa como un historiador profesional que represente un modelo/tipo para escribir el pasado? Después de los distintos “giros” en la historiografía, todos “des-esencializadores” (de la clase, el género, el discurso, entre otros), la presentación/forma narrativa sigue siendo tan ‘esencial’ como siempre (Spiegel 2005, 25).

Los escritos de Jenkins no son particularmente presentistas, son futuristas, pero no en la modalidad profética de la visión impuesta, de agitar “debes” o “tienes” ante nuestras caras y mentes. Aún mejor, como ha planteado Jenkins, su proyecto es emancipador sin historización; la conciencia histórica, si es que existe en cuanto modalidad específica de la conciencia, no tiene el poder para operar como *fuera crítica* material (discursiva, institucional) e inmaterial (conceptual), para hacer el trabajo o realizar las tareas que le han sido asignadas en el mundo moderno. A lo largo del espectro político, a pesar de las definiciones y usos en disputa, o quizá debido a ellos, la conciencia histórica fue asignada a cada sujeto y sujeto-grupal para comprender y entender por qué el “ahora” asumía una necesidad *continua*, y a partir de un ahora coherente y narrado, para sostener el sentido de un futuro-continuado de una sociedad (Jenkins 2009, 206). Para muchos, esto parece hoy una broma cruel. Por ejemplo, podemos escribir la historia de las universidades occidentales, sus transformaciones y cambios, pero ¿cómo se explica esto?

No es un accidente que las universidades usen la retención de certificados oficiales para castigar a los estudiantes que adeudan pagos de sus créditos. Resulta que el gobierno federal alienta esta práctica. La ley no obliga a las escuelas a retener los certificados, pero una vocera del Departamento de Educación confirmó que el departamento las ‘alienta’ a usar esta táctica draconiana, diciendo que esta política ‘ha resultado en el repago de numerosos créditos.’ [...] El sitio web de la USC deja claro que las obligaciones crediticias no cumplidas pueden impedir que los estudiantes reciban sus certificados. En cuanto a la Universidad de California, Kate Jeffery, directora de apoyo financiero estudiantil para el sistema UC, dice que los certificados son retenidos en caso de créditos Perkins morosos. Ella concede que es un asunto difícil, pero dice que ‘es la única herramienta que tenemos para hacerlos pagar’³.

³Lindorff, 2012.

¿Cómo conectar el “hacerlos pagar” –las universidades como agencias de cobranza– y los viejos y nuevos propósitos de las universidades con conciencia histórica? ¿Debiéramos comenzar a narrar la “historia” de las instituciones de investigación con vista a estudiar cómo llegaron a convertirse en agencias de cobranza? Por supuesto, la conciencia histórica de la importancia de las universidades no impide cambios en sus operaciones y funciones, ¿o sí? ¿Puede hacerlo? ¿Lo ha hecho?

Pese a una gran cantidad de pésimos argumentos de paja sobre la crítica de la representación histórica de Jenkins y otros –véase el ensayo de Daddow y Timmin en este volumen– creo que la obra más fuerte de Jenkins representa una demostración analítica simultánea del debilitamiento del poder de la historiografía moderna/ista, su constante implausibilidad narrativa, y un fortalecimiento de los poderes del análisis crítico. Uno se dirige hacia pensamientos que producen diferentes organizaciones y resultados de conocimiento porque las representaciones históricas son representaciones *fallidas* (Jenkins 2009, 14ff, 172). Si uno dice que la conciencia histórica le pertenece a la historia, al pasado, sólo se está diciendo que su poder para crear no está disponible. Mientras escribo esto (13 de mayo de 2012, Chiang Mai), 100.000 manifestantes de las bases salen en Madrid, un *hacer ante la discontinuidad* sin historia. Jenkins le ha prestado atención a la historia de la historiografía, especialmente a las formas en que la historiografía crítica fue arrollada por los historiadores. Esto es lo que tiene para decir John Toews en una reseña de un libro coeditado por Jenkins, una que, por lo demás, es bastante completa:

La crítica histórica nos involucra con la continua presencia de los muertos como nuestros compañeros y asociados, oponentes y aliados, no en una comunidad con una identidad colectiva centrada, sino en una red rizomática de enredos en expansión. La condición de conectividad o de relación significa que nada es lo mismo. La diferencia nos liga a los muertos. Reconocer a los muertos como socios en nuestras luchas expande nuestros mundos con una multitud de voces alternativas que nunca pueden ser completamente asimiladas en las nuestras. A menos que destruyamos completamente sus rastros, los muertos siempre dirán cosas nuevas a las nuevas generaciones, revelarán otras dimensiones de ellos mismos a otros yoes en otros mundos⁴.

En la perspectiva de Toews, al apropiarse una cosa del postmodernismo –‘rizomática’– llegamos a un pluralismo (“enredos en expansión”) con una extraña conjunción de

⁴ Toews, 2009, p. 275.

“diferencia” y “reconocimiento”. ¿Cómo se ligán estas dos? Lo que vincula presencia y reconocimiento presente y diferencia es la presuposición de la “conversación” entre los vivos y los muertos. En cuanto a cómo es que los muertos dicen “cosas nuevas”, a menos que un “nosotros” en algún presente sea su ventrílocuo, es algo bastante extraño. Cientos de libros y miles de artículos han especificado con detalle que los modos básicos del establecimiento de un *legado* cultural y de otras nociones de continuidad entre pasado y presente son *capturas* (un término del léxico Deleuziano) financieros, culturales, discursivos, simbólicos e institucionales de una audiencia y un grupo, y no momentos de una transformación intensa y pública de la conciencia histórica. Los argumentos de Martin Davies parecen bastante aptos aquí: de ser el ideal de una conversación con una presencia del pasado, la conciencia histórica ha sido convertida en “las vidas y aspiraciones [puestas] en las manos de variopintos directores de políticas y estrategias, directores de marketing, funcionarios de relaciones públicas, curadores, expertos académicos, técnicos de la información y administradores de recursos”⁵. La historiografía no comercial está desapareciendo. Ahora, sé que los historiadores académicos simplemente se apagan cuando leen este tipo de afirmaciones, pero, de hecho, los argumentos de Jenkins son congruentes con muchas fuentes críticas/formalistas, por ejemplo, Genette y Koselleck, ¡que no pueden ser acusados de ningún postmodernismo fanático o de falta de rigor analítico!

Entonces, es importante comenzar diciendo que Jenkins *notó* la farsa epistémica de gran parte de la escritura histórica moderna, una incredulidad que *insiste* entre verdad e imposición discursiva. Permítaseme aquí vincular a Jenkins con otros, para mostrar algo de la *filosofía analítica de la historia* que no creo que Jenkins haya rechazado alguna vez. Como ha examinado minuciosamente Koselleck, la historiografía moderna es una historiografía de la desnaturalización de la sociedad establecida dentro de antropomorfismos sociales, uno de los cuales es que todos sabemos que todas las cosas y cualquiera de ellas pueden quedar *pasadas de moda*, excepto el progreso mismo, que se lo ha hecho trans-temporal. Todo grupo politizado promete el futuro. Pero incluso el progreso es un concepto torturado, usado para fines reaccionarios. Aún más, nociones temporales como la unicidad y lo recurrente son entendibles sólo en la formación de una prevención del caos temporal, una conciencia que se inspira en los vencidos para una perspectiva de la

⁵ Davies, 2010, p. 27.

verdad en relación a lo que es dominante, la fuerza-peso de los vencedores. Aunque a Koselleck le preocupaba una sociedad des-historizada, dejó claro que conferirle un súper valor al progreso equivale a cargar los dados; a través del progreso, las nociones de perfección pasaron de ser una meta a ser el propósito mismo de un proceso, lo que hoy puede percibirse en las perfecciones consumistas (por ejemplo, un grado otorgado por una escuela renombrada *dura* una vida). En el marco de Nietzsche, la inclusión de nociones de *bildung* en el progreso trans-temporal fue el asidero del mundo en un pragmatismo que ahora alternaba entre lucro y barbarie, todo privilegio vinculado a algo destruido⁶. Es importante notar que el privilegio y la destrucción están co-codificados. Considerados institucionalmente, los investigadores de la historia codifican cualquier cosa vencida mediante el código del antes/después, con formas concomitantes de escritura, incluida la creación de nuevas jerarquías, pero esta escritura no rivaliza seriamente con los vencedores. Ningún historiador estadounidense podrá acercarse a una universidad diciendo, sea cual sea la evidencia y la prueba que ofrezca, que la historia de la Corte Suprema de los Estados Unidos es un desastre para la sociedad, intelectual y políticamente hablando.

Para Jenkins, la farsa aquí está al nivel de la escritura y la representación histórica. La típica narrativa del historiador funde dos, no uno, *metadiscursos* débiles. Hay una imposición temporal, la famosa codificación desde-hasta; esta codificación temporal es transmitida mediante una segunda imposición, realizada por el nombramiento conceptual. Aquí entra en escena Genette: él sostuvo que las nociones de tendencia, desarrollo y otras afines presuponen un cierto sentido de superioridad para poder generar, en primer lugar, un sentido de dirección⁷. La superioridad es un concepto cuyas modalidades –lo mejor, algo merecido, lo duradero y mucho más– son privilegiadas: la representación no es posible sin vínculos a la súpervaloración de algún predicado de voluntad, deseo, fuerza, predisposición y, también, mucho más. La direccionalidad temporal no cayó del cielo. Cuando uno dice que hay una dirección en, digamos, la literatura francesa –un romanticismo francés que fue “revolucionario”, luego “clásico” y hoy “cursi”– presumimos una continuidad entre el Romanticismo francés y las posteriores narrativas-relatos que incorporan signos, sin importar el origen de estos últimos (imágenes, memorias, etcétera). Pero no hay ninguna *dirección* narrativa que *emerja desde* los materiales del Romanticismo francés; nociones como “revolucionario” y otras parecidas son conceptos temporales

⁶ Koselleck, 2002, pp. 191 y 228.

⁷ Genette, 1999, pp. 104 y 190.

emitidos por los intérpretes, en tiempos diversos. Los conceptos temporales pueden parecer necesarios porque también son simulaciones, en el sentido de Barthes, de un intelecto *agregado a los objetos*; las originaciones temporales vinculan los artefactos a los procesos en los que el nombre y la temporalidad se unen. A menudo, todo esto es tremendamente tergiversado; hemos desnaturalizado y desmaterializado nuestros propios roles, funciones, propósitos y técnicas culturales, incluidas algunas extrañas nociones de temporalidad, entre otros, pero la linealidad narrativa persiste.

Genette mostró brillantemente que el movimiento que va de “revolucionario a cursi” —que evoca esa emoción sagrada de los historiadores, la vinculación desde-hasta, quizá el inespecífico placer de sofocar el desorden temporal— presupone darle sentido a dichos marcadores temporales. ¿Cómo es que se generan periodizaciones como la de ‘reaccionario’? Para Genette, el desde-hasta es provisto o suministrado por otra serie de conceptos, que de hecho no son más que el discurso de un texto, sus códigos interpretativos, como mostró White en *Metahistoria* (es decir, la puesta en trama). La teoría o las presuposiciones que forman parte de un texto son leídas mediante categorías o relaciones de “rechazo, olvido o redescubrimiento”, que son plantillas *evaluativas*. Y es que la “historia” es una disciplina conceptual, lo que agrava aún más el hecho de que sus conceptos sean negados tan frecuentemente, o que la medida del tiempo o la evaluación sean obvias. Entonces, ¿cuáles son los criterios que le dan forma a nuestros juicios/narraciones para decir que algo es “revolucionario” o “cursi” en primer lugar? La unidireccionalidad, co-codificada con el antes/después, es impensable sin dichas presuposiciones, que son en, gran parte, una imposición de nociones de progreso y maduración y conceptos de linealidad. El progreso, para Genette, convoca, teje y *sintetiza* piezas semióticas porque está enhebrada con alguna noción de lo “superior”. Así, las nociones de “rechazo” u “olvido” y otras similares son como transfusiones que operan en sustancias narrativas, usando las palabras de Ankersmit, provistas por escuelas, coleccionistas, curadores y otros⁸. Los historiadores afirman que las evaluaciones son de las cosas, pero debo señalar que en el lenguaje de la filosofía analítica, los datos sensoriales y físicos sobre los que los historiadores afirman trabajar ya están conceptualmente configurados, puesto que la percepción y la concepción no son entidades separadas⁹. En cualquier caso, la temporalidad y la evaluación se funden; los conceptos de ‘rechazo, olvido o

⁸ Genette, 1999, p. 106.

⁹ Putnam, 1995, pp. 64-65.

redescubrimiento' no son significados/significantes transcendentales, experiencias-tiempo *a priori*, sino modos de evaluación y por lo tanto de selección. En efecto, la historia, en cuanto "posteridad", entre otros modos, es un "mito consolador"; lo "cursi" del romanticismo francés nos ayuda, ahora, a abrazar el ahora como algo nuevo, no como 'cursi'. La historización en cualquiera de sus formas es un *contexto* construido, un artefacto conceptual sean cuales sean sus signos-bases (palabras, imágenes, entre otras)¹⁰. La tarea de la historización es mantener el orden del tiempo.

Permítaseme dar un ejemplo específico de lo que está en juego en el historicismo/historización. El código del antes/después ha demostrado ser un arma peligrosa, incluyendo sus propios tiros fallidos. En un ensayo reciente en la *London Review of Books*, el incontenible Žižek insiste en que ahora tenemos un sistema capitalista sin burguesía, un proceso donde "los cuadros deciden todo", ya sea en finanzas, educación, tecnología, política, entre otros. Para construir este "argumento", Žižek recurre a la noción de salario excedente, donde "la categoría de trabajadores que ganan un salario excedente [...] abarca toda clase de expertos, administradores, funcionarios públicos, doctores, abogados, periodistas, intelectuales y artistas". El "momento" administrativo de esta *nueva* formación de salario excedente, dice:

existe no por razones económicas sino políticas: para mantener una 'clase media' con fines de estabilidad social. La arbitrariedad de la jerarquía social no es un error, sino justamente el objetivo, con la arbitrariedad de la evaluación adquiriendo un papel análogo al de la arbitrariedad del éxito de mercado¹¹.

Una nueva estabilidad-inestabilidad codifica al capitalismo hoy. *Antes*, el capitalismo podía estabilizarse mediante una clase burguesa intacta, pero *ahora* no hay tal cosa como una "estabilidad auto-regulada". Pero pese a la, en mi opinión, correcta noción de Žižek de un salario excedente, su versión de antes/después es simplemente alucinatoria: un tercio de toda la tierra de Inglaterra es propiedad de la aristocracia y dos escuelas francesas de élite (ENA) producen seiscientos graduados al año para administrar grandes extensiones de la sociedad francesa. La burguesía no ha muerto y en Francia ha ido a la escuela. Si Žižek tiene razón —y pienso que la tiene— en que la privatización es el proceso efectivo de un asalto continuo a la noción de los comunes (un ideal a menudo mítico), ¿por qué no ocurre que la inestabilidad de la privatización

¹⁰ Genette, 1999, p. 104ff.

¹¹ Žižek, 2012.

es *también* la condición misma para crear nuevas estabilidades, como en la explosión de programas de arte en todo el mundo en los que los estudiantes abordan las nuevas inestabilidades de la sociedad?¹² El antes/después es un código, no un concepto, pero es un código que se presenta como concepto a través de los discursos que lo emplean. Más que proceder con un antes/después intacto, en reiteradas ocasiones Jenkins ha exhortado a los intelectuales a deshacer la temporalidad ordinaria.

Jenkins, para quien los árboles han sido derribados por múltiples actos y procesos de destrucción, de modo tal que vivimos entre las hojas¹³, ha llegado a la conclusión de que el funcionamiento de la conciencia histórica –como ocurre con el acto de nombrar/fechar de Žižek– no funciona; es un efecto completamente secundario del sentido y la representación que afirma ser primario. Jenkins convoca a hacer de lo “no-histórico” algo activo¹⁴. Una cierta audacia en sus argumentos es recogida por su insistente llamado a crear alternativas al código antes/después, su sustitución del pensamiento, la completa falta de lógica de este código y sus servicios al triunfalismo político-capitalista. No es sólo una cuestión de darse cuenta, como vimos más arriba, de que el antes/después nunca es puro, de que hay repeticiones y sorpresas que pueden subvertir su uso. O de que el antes/después es un código poderoso en el que la narración histórica puede incluir y excluir cualquier cosa nombrada y descrita, donde cualquier pasado puede hacerse presente y cualquier presente puede ser ignorado, inflado y desinflado, de modo tal que cualquier futuro puede ser reclamado, de cualquier futuro se puede renegar. Lo que importa es que la adhesión del antes/después y los discursos controladores dentro de la historiografía se definan como discursos de *encarcelar al tiempo*: el uso de la continuidad y la discontinuidad en un derecho espurio a autorizar/dominar. Podemos confundir esto, como lo hemos hecho, con la razón, la verdad, la rectitud, y otras cosas parecidas, que se proyectan como estando encarnadas en prácticas específicas, deteniéndonos demasiado en, digamos, innovaciones médicas o incluso un perverso derecho a controlar algún trozo del futuro. Pero es derechamente una cuestión de dominación: ¿hay algún modo del discurso histórico que no tome prestado de un pasado para ahora, implícitamente, atar y desatar un presente, evocando cuestionables criterios? El carácter tremendamente desagradable de la “guerra” Finkelstein/Dershowitz sobre la historia de la Solución Final y los *diferendos* Israeli/Palestinos contemporáneos es

¹² Žižek, 2012 y Benhold, 2012.

¹³ Jenkins, 2009, p. 242.

¹⁴ Jenkins, 2009, p. 288.

una buena muestra de esto¹⁵. Esta guerra incluyó acusaciones de que Harvard hubo blanqueado una revisión de reclamos de plagio contra Dershowitz, con un comité revisor que involucraba al delegado del presidente Obama a la Corte Suprema, junto con las acusaciones de que el editor de Finkelstein, la University of California Press, realizó campañas publicitarias para vender libros; aparte de este enredo, las nociones de autor, autorización y autoridad al tomar en cuenta las cuestiones *históricas* debiese haberle recordado a muchos que la historia siempre es usada para algo más que administrar un pasado, es usado para clausurar disputas presentes. A mediados de la década de 1990, a medida que Jenkins se convencía de que la teoría postmoderna era un antídoto importante contra las cosas históricas, hizo una lectura de la sociedad que implicaba fuertemente que lo social como tal carecía de cualquier “ontología legitimadora”, excepto aquella de la auto-referencia, y esta siempre es parte de la guerra cultural¹⁶. Hayden White planteó convincentemente que, con Michelet, revivido por Jacques Ranciere, la historiografía podría servir a algo más que a dicha administración temporal-cultural, es decir, que podría perturbar la conciencia histórica¹⁷.

Permítaseme hacer una síntesis tentativa de los argumentos planteados hasta ahora, haciendo uso de una de aquellas inevitables alusiones al pasado. El libro *The Discovery of Time (El descubrimiento del tiempo)* de Stephen Toulmin y June

¹⁵ http://en.wikipedia.org/wiki/Dershowitz%E2%80%93Finkelstein_affair

¹⁶ Jenkins, 1995, p. 7.

¹⁷ En el prólogo de White a *Los nombres de la historia* de Jacques Ranciere, White sostuvo que son los “grupos de interés establecidos” —los departamentos de historia, las fundaciones y otros— los que determinan lo que cuenta como hecho, a menudo sobre la base de una calibración o aplicación sobrecodificada de la “propiedad”. En la estimación de White, Ranciere piensa que los movimientos de la representación, como la escuela de los Annales, efectivamente socavaron una historia orientada al acontecimiento, e incluso despojaron a la historia “de su sujeto humano” y de agendas democráticas. Así, Ranciere intenta dar un giro: cómo es que las técnicas literarias adquirieron signos de cientificidad, y con esto, removieron la noción de acontecimiento y a los pobres al mismo tiempo: negar los acontecimientos implicaba la negación de “las masas anónimas de la historia, los pobres, los abyectos y los oprimidos” que no podían ingresar a “la etapa de la historia como actores en su propio derecho”. Los escritos de Michelet emergen como una alternativa positiva a la cientización literaria de la historia, donde se reúnen las dimensiones científica, política y literaria, cuya “conciencia histórica moderna ha logrado violar bajo el signo de la cientización de la historia”. La presencia reprimida de los mudos, los pobres y los abyectos sólo puede presentarse en un modo de escritura en el que los documentos sean tratados como acontecimientos, o donde las distancias de la escritura profesional sean dejadas a un lado, donde el texto del historiador no es solamente sobre, sino que “es historia”. Michelet escribió para superar la separación entre narrativa y discurso, y su obra se movía hacia lo anti-narrativo, anti-mimético y anti-literal mediante un experimento con el “frase[o] nominal absoluto”, de modo que Michelet/Ranciere llega a ser alguien que “habla *en nombre* de la historia”; disolver, como hizo Michelet, la “diferencia entre lo que el documento dice y lo que significa” arruinaría las pretensiones científicas, el privilegio del historiador. Véase Hayden White (1994, xi, x, xv).

Goodfield describe el sentido de continuidad del escritor del siglo XVII Sir Thomas Browne con la ilustrada costumbre de esa época de *re-fechar* el origen del mundo en el 4004 AC¹⁸. Esto se seguía de la recodificación de Kepler de la Crucifixión con ciclos de eclipses solares, de los que Browne escribió: “Es demasiado tarde para ser ambicioso. Las Grandes Mutaciones del Mundo han tenido lugar, o puede que el Tiempo sea muy breve para nuestros designios”¹⁹. El tiempo está detrás de nosotros, una visión estática del futuro. En contraposición con el enfoque lírico de Browne, estamos familiarizados con las plantillas de Marx y Darwin, donde los “productos finales de una secuencia de fases históricas” son un poderoso modelo de historización, el moderno ingreso de la discontinuidad sobre la continuidad²⁰.

Toulmin y Goodfield prestaron especial atención a que, en su conjunto, el uso de la historia en las ciencias humanas –con discontinuidades a ser tomadas en cuenta– no podía resolver su propia antinomia; en cierto punto un texto privilegia el análisis funcional y/o temporal, o la estructura y el resultado, o una *narración* y el uso de principios generales. Genette, sobre quien hablamos más arriba, sostuvo que las relaciones categóricas –lo obsoleto, et al.– cualquiera sea su “originación”, no pueden decidirse nunca; la representación histórica puede servir al análisis funcional cuando intenta vincular el pasado al presente mediante lo Mismo (categorías biodemográficas), y/o engrosar y adelgazar un sentido de lo temporal rebanando el tiempo en las nociones de resultado más breves o más extensas, lo que ubica a lo funcional en el tiempo. Me parece que Jenkins ha estudiado esto con detalle y ha llegado a la conclusión de que podemos hacer lo que queramos con el tiempo, a menos que nos mantengamos comprometidos con el privilegio de la continuidad que repite lo mismo²¹. Cuando la discontinuidad es devuelta a la narración, es silenciada. Podríamos decir que nosotros mismos somos superiores a cualquier sentido estático del tiempo, pero ¿por qué no sería esto, por ejemplo, la racionalización de un capitalismo predatorio, entre otras cosas, un suministro ahora interminable de discontinuidades? De los muchos conceptos e imágenes para los sentidos actuales de la historia, quizá la película de 1976 de Berger y Tanner, *Jonah Who Will be 25 in the year 2000*, sea apta –el profesor de historia que rebana la salchicha en trozos cada vez más pequeños que pueden ser compartidos, siendo el contexto mayor simplemente

¹⁸ Toulmin and Goodfield, 1967, pp. 76-77 y 242.

¹⁹ Toulmin y Goodfield, 1967, p. 77.

²⁰ Toulmin y Goodfield, 1967, p. 113.

²¹ Jenkins, 2009, p. 237.

la intratabilidad del presente impulsada por el consumismo— la historia llevada a detenerse ante la imposibilidad de cualquier cosa parecida a lo que la gente alguna vez llamó temporalidad “normal”. Del mismo modo que el “referente se funde con la presentación [narrativa]”, la temporalidad ha quedado vaciada de su poder de hacer diferencias temporales²².

De este modo, es posible plantear que la conciencia histórica es una usurpadora del pensamiento crítico o, uno podría decir, sólo está en “primer lugar” en términos de servir los intereses de determinadas relaciones sociales despóticas, narrativas que requieren del progreso, la superioridad y otras similares. ¿Quizá toda noción de conciencia histórica pertenezca al lado de la *reacción*, ya sea que se pretenda que dicha conciencia evoque continuidad con un pasado o discontinuidad con un presente? Jenkins ciertamente lo piensa así. O, en la línea de pensamiento que va desde Nietzsche hacia los acuerdos entre Deleuze y Foucault, toda relación efectivamente existente es genealógica, un compuesto mixto de todas las especies de fuerzas y categorías, y opera solidificada sólo de forma momentánea. Piénsese en conservadores estadounidenses como Lawrence Summers, cubierto bajo la capa del neoliberalismo, para quien la economía se narra con la métrica del crecimiento; pero ¿puede el crecimiento en efecto liberarse de la relación violenta y contenciosa que ya es, o sea, una relación de ganadores y perdedores, medidos por el PIB más que por el sacarse los ojos que, posiblemente, caracteriza a las clases profesionales estadounidenses? Mientras escribo esto, el *New York Times* publica diariamente notas sobre la Guerra Civil Americana, y ¿no tenemos un análisis sistemático de las funciones de las clases profesionales en el actual revoltijo económico? ¿Ninguna investigación hecha por historiadores universitarios nos “aconseja” sobre un régimen o el otro? ¿Se imaginan una enseñanza de la historia estadounidense cuya narrativa normal fuese *advertirle* a las personas sobre las continuidades capitalistas, como por ejemplo las universidades que sirven como agencias de cobranza, mencionadas más arriba?

Cuando uno lee las obras de Jenkins desde las “tempranas” a las últimas, se palpa un sentido de inquietud intelectual. En particular, Jenkins ofrece lecturas muy específicas de la vida intelectual, sobre todo desde la década de 1960 en adelante. Su presentación de las diferencias entre, digamos, los problemas éticos planteados por un Edward Said y por historiadores “profesionalmente entrenados” es impactante: —los “*mecanismos, medios y procedimientos*” para hacer historia no

²² Jenkins, 2009, p. 239.

han resultado en una agitación en torno a la ética tal como se decreta en los escritos de los historiadores²³. Desde los escritos de Jenkins irradia un poderoso sentido de las formas cada vez más problemáticas en las que los intelectuales son encajonados y persuadidos, autopersuadidos, para ofrecer racionalizaciones u otros discursos agresivos sobre nuestra vida social, sus contradicciones e incluso oximorones. Este tópico es amplísimo, con implacables invocaciones de la historia. Por ejemplo, ¿por qué los estadounidenses leen a Paul Krugman, que vende la idea de que déficit fiscal equivale a progreso y cita la Segunda Guerra Mundial como modelo positivo, todo mediante una autopromoción regular en las columnas de opinión del *New York Times*, mientras que los economistas críticos como Mike Whitney son relegados a las páginas de *Counterpunch*? ¿Existe una narrativa que explica esa “magia” de que el *New York Times* tenga efecto en las disputas públicas, y podría uno separar dicha narrativa de aquella de la trama de la dominación, aun cuando es suave y reconfortante y ofrece la vida profesional de clase media-alta como modelo? ¿Por qué leemos reseñas de arte en *Los Angeles Times* en las que el reseñador, un instructor universitario, alaba el trabajo de galería presentado por sus propios colegas como históricamente significativos, sin ninguna cualificación en su reseña?²⁴. ¿Por qué leemos al renombrado Eric Hobsbawm elogiando a Neill Ferguson como buen historiador y estando de acuerdo, junto a otras eminencias de la profesión histórica, en crear una “identidad nacional” para Gran Bretaña que sea pluralista —que trascienda la política— con el fin de ofrecer un sentido común de “perspectiva y proporción”?²⁵.

La afirmación que hace Hobsbawm de la identidad del historiador ciertamente cubre la frívola insistencia de Ferguson en que los procesos históricos han de compararse a los eventos “de cola gruesa”, a los hormigueros e incendios forestales, con la conclusión (entimática): “En los últimos tres años, el complejo sistema de la economía global saltó del boom a la crisis—todo porque unos cuantos estadounidenses comenzaron a demorar los pagos en sus hipotecas *subprime*”²⁶. “Todo porque” es una mención causal de un reduccionismo y una tergiversación impresionantes: los “cuantos” en “mora” son convertidos en causa, pero es igualmente probable que la crisis sea efecto de los planificadores financieros universitarios y su extracción de cuotas. ¿*Afirma esto* Hobsbawm? Todavía se puede leer a historiadores haciendo declaraciones analfabetas; por ejemplo, Peter Baldwin, un historiador de UCLA,

²³ Jenkins 2009, p. 205.

²⁴ Pagel, 2011.

²⁵ Gutterplan, 2011.

²⁶ Ferguson, 2010.

recientemente dijo que la obra de Derrida era una “pontificación”, un enunciado que sólo podría provenir de una escena profundamente no intelectual, un típico departamento de investigación histórica, con algunas excepciones²⁷. Habiendo aceptado con júbilo lo que Jenkins bautizó el fin de la (meta) historia con mayúscula, los historiadores con minúscula (realistas empíricos comprometidos con el pluralismo liberal y la capacidad para escribir la mejor de las narrativas) son anti-intelectuales como tal, precisamente porque como grupo profesional escriben historia como si nada estuviese en juego en el presente *excepto* por los refinamientos e innovaciones en la escritura histórica²⁸. ¿Son intelectuales los historiadores? ¿Está este discurso secundario, que se pone en primer lugar, lleno de intelectuales dinámicos? ¿Qué tipo de sistema facilita que se hable anti-intelectualmente? En cualquier caso, no hay en los Estados Unidos una vida pública importante, convincente o perturbadora con respecto a la historia. Una nota reciente en *Los Angeles Times*, conmemorando los disturbios de 1992, se enfocaba en los restaurantes multiculturales en uno de los barrios afectados, y concluía que el relato desde-hasta de 1992-2012 fue una “historia” con efectos positivos para el consumo de alimentos. Los disturbios sólo fueron una pausa en la marcha del progreso alimenticio y la comida sabrosa²⁹. No veo que grupos de historiadores envíen una nota colectiva a los editores, participando como intelectuales públicos. ¿Cómo es que, entonces, aparte de las ventas de libros y cosas similares, consideramos a los historiadores-como-intelectuales, que se sigue de la noción de Jenkins de la disciplina histórica como una militancia piadosa y efectivamente política, con muchas jerarquías y subconjuntos, con todo tipo de ramificaciones institucionales y por ende políticas referentes a la producción y la diseminación de su producto, el *conocimiento histórico*?

Para los investigadores que leen atravesando las disciplinas, vivimos en una época en que hay muchos libros importantes, analíticos y creativos, que uno puede usar para varios propósitos. Pero dadas las restricciones de la producción académica, incluyendo las políticas de patrocinio (mentores y mecenas) y ascenso, publicación y nuevas vinculaciones entre las universidades y los medios, así como las formaciones políticas dentro y fuera de la academia, muchos trabajan bajo la continuidad forzada de servir a una disciplina (un departamento). Para empezar, la formación misma de los historiadores es una mescolanza (nadie ha encontrado alguna vez un método

²⁷ Baldwin, 2010.

²⁸ Jenkins, 1997, p. 16.

²⁹ Gold, 2012.

transmisible para hacer historia). Por ejemplo, en un llamado a terminar con la universidad como la conocemos, Mark Taylor se enfrentó con la proyección de terror presentada por el historiador y rector Michael Roth, al que le preocupan los cambios en la producción de conocimiento. Para Roth, Taylor no discute

cómo el ethos del estudio fundamental, de largo plazo, podría sobrevivir cuando los profesores puedan ser despedidos porque su investigación no se adecuó a los gustos reinantes. La titularidad puede no ser un gran sistema para producir innovadores, pero la presión de perder el trabajo puede crear un espíritu de conformismo aún más fuerte, que ya ha infectado muchos campus³⁰.

Que Roth plantee el asunto de la “pérdida de calidad”, pero con apego a los no-innovadores, es bastante extraño, pero es más importante preguntarse: ¿piensa acaso Roth que el “gusto reinante” no es lo que ha determinado los departamentos de investigación histórica efectivamente existentes en Occidente, incluyendo la presión en la academia de asegurar una posición y sobrevivir una carrera hacia la titularidad? Sea como sea, es asombroso que los departamentos de historia desamparen a la historiografía. Los departamentos de historia basados en la investigación se han convertido en (y han dejado de ser) lugares de disputa³¹. Un rígido déjense-tranquilos se ha fundido con la cortesía en la esfera de la psique social, con un profesionalismo a veces disputable que opera como la mayonesa (o la mostaza, o el ketchup, etcétera) que pegotea los mecanismos y más en nombre del conocimiento, lo que nunca parece ocurrir para la sociedad *como* sociedad. Los escritos de Jenkins muestran un claro reconocimiento de la extrañeza, si no perversidad, de los territorios académicos que

³⁰ Roth, 2010.

³¹ Otra manera de plantear esto es decir que el territorio de la historia institucional se ha desvanecido, desfinanciado, no por algún terrible asalto de la derecha, sino, al menos en los Estados Unidos, mediante los departamentos de historia progresistas. Al menos, la persistente enseñanza de la historiografía fue una apertura a leer en contra de la disciplina y el control. La mayor parte de la historiografía se evaporó en los Estados Unidos. Por ejemplo, cuando Hayden White dejó UCLA a mediados de la década de 1970, su Departamento de Historia pronto redujo las clases de pregrado de historiografía. Si uno busca los términos historiografía y teoría de la historia en la base de datos de Tesis de Proquest (<http://proquest.umi.com/pqdweb?RQT=512&query>), se muestran cinco títulos en los últimos dos años: *After Modern Jazz: The Avant-Garde and Jazz Historiography: A regnal genealogy in trouble: The Trojan myth as a traumatic national historiography in medieval England; The Way of All Flesh: A History and Historiography of Violence and Death in Italian Cinema (1943–1980); We are who we think we were: Updating the Role of Historiography in Christian Ethics; y The social and cultural constructions of the self-identity of White American corporate businesswomen in historiography, literature, and popular culture (1963–1985)*.

han sobrepasado a las empresas intelectuales. A veces esto se nos presenta como una versión fuerte del pragmatismo radical jamesiano, la afirmación del falibilismo ante las rigideces académicas³².

Para resumir un poco: la condición general del conocimiento en esta sociedad es, en efecto, peculiar; recientemente, un informe publicado en *Science* señala que:

casi 6.600 académicos respondieron a [una] encuesta, y alrededor del 20 por ciento dijo que se les ha pedido que agreguen dichas citas [a la revista que los publica] aunque ningún editor o reseñador haya dicho que su artículo fuese deficiente sin ellas. Alrededor de un 60 por ciento de los encuestados dijo que habían cumplido con dicha petición, que muy a menudo era dirigida a profesores jóvenes.

En el lúdico registro de R.D. Laing, puede decirse que los agentes y las agencias —profesores e instituciones— administran la administración de administrar la administración al nivel de la producción, creación y diseminación de la historia. Eso que Jenkins ha llamado “renegación constitutiva”, y que aplicó a los historiadores que reniegan de las “figuras y dispositivos retóricos”, ahora se extiende —con un quizá y algunas excepciones— a muchos sitios de conocimiento académico³³.

Al leer a Jenkins nos encontramos con un claro movimiento —no un relato— de involucramiento con textos intelectuales en varias disciplinas, textos que han apretado ellos mismos sus propias “sogas” disciplinarias. Los escritos de Jenkins han demostrado —argumentando— que no hay ninguna razón para aceptar las autodefiniciones de los historiadores, incluyendo cualquier epistemología con una supuesta base científica que sirva como la arquitectura de la historia. Ha planteado, por ejemplo, que las unidades históricas pueden adherir al escepticismo y al relativismo en nombre de un pluralismo ampliado, siempre y cuando las nociones postmodernas de “*aporia*, indecidibilidad, inconmensurabilidad, *diferendo*, acontecimiento, figura, traza, diferencia, lo simbólico, anamnesis” y otras sean evitadas como herramientas para trabajar el pasado³⁴. ¿Cuándo es que los historiadores deben aceptar o reconocer escritos actuales que modifican los términos de sus procedimientos de trabajo? Esto es algo que va en más de una dirección, por ejemplo, cuando otra disciplina usa

³² Jenkins, 2009, p. 105.

³³ Jenkins, 2009, p. 171.

³⁴ Jenkins 2009, p. 172.

la historia. Steven Pinker, que escribe como historiador pero en el código de la psicología evolutiva, declaró que:

Estamos [...] viviendo el fin de 500 años de ascendencia occidental [...] las principales universidades han dejado de ofrecer el clásico curso de historia 'Civ Occidental' a sus estudiantes de pregrado [...]. La gran narrativa del ascenso occidental ha quedado pasada de moda precisamente cuando más se la necesita [...]. La verdadera amenaza no proviene del ascenso de China, el Islam o las emisiones de CO₂, sino de nuestra propia pérdida de fe en la civilización que heredamos de nuestros ancestros³⁵.

¿Que “heredamos”? ¿Acaso las universidades transmiten el patrimonio de la Historia? Pinker predica la historia con mayúscula. Como Ferguson, Pinker “narra el mundo”; temer la pérdida, la decadencia, culpar a los sin poder. Los estadounidenses están condenados a menos que aprendan del pasado. Esta es aún la “superstición del miedo” contra la que bramaba Nietzsche³⁶. Esta es la fuerza de eso que Alun Munslow ha denominado como “el pozo gravitatorio de nuestra producción narrativa”, en la que la referencia al pasado es confundida con la presencia del pasado, como también Jenkins ha reiterado muchas veces³⁷. En el constante enredo financiero de Europa, los profesionales son capaces de declarar, inspirados en la historia, “Salvaremos el euro. Tenemos que salvar el euro [...]”, dijo Josef Joffe, editor del semanario alemán *Die Zeit*, describiendo la postura alemana. “No sacrificaremos nuestros recuerdos”. ¿Cómo logró la memoria viajar desde 1923 al editor Joffe? Nótese cómo esta confiable autoridad ha construido una máquina del tiempo³⁸. Así, resulta posible que mientras más personas lean dicha historia, más ciegas (inmorales) se volverán con respecto a cómo se organiza la sociedad contemporánea. ¿Existe entonces la ceguera profesional? ¿Quizá hay una voluntad-de-abusar de la historia que pertenece, de algún modo, al mismo lugar que el concepto de historiografía profesional?

Entonces desde textos tan diversos como Weber a Strathern a Bourdieu a Jenkins y más allá, las conjugaciones de “historia” y política, epistemología, el lazo social y más construye tantas distorsiones. Jenkins una y otra vez ha regresado a la cuestión de que, como representacionistas, los historiadores tienen que creer en

³⁵ Mishra, 2011.

³⁶ Nietzsche, 1997, p. 153.

³⁷ Munslow, 2009, p. 319.

³⁸ Kulish, 2011.

algún tipo de implicación lógica que vaya desde una narración de los hechos a su valor: incluso ahora, un presente fijado *realistamente* quiere decir un presente que recibe instrucciones para comprenderse y vivirse. Es una peculiar epistemología de historiadores aquella que exige que una obra histórica pueda dar una comprensión presente mediante una escritura que afirma ser *verdadera* mientras lo verdadero está cubierto con figuraciones y otros dispositivos que sólo producen una interpretación. Esta es la razón por la que algunos historiadores se han preguntado si acaso la escritura histórica no es, en su confección básica, ella misma una reacción, una resistencia a la lectura detallada. Sea como sea, nada ha provocado más diatribas sobre Jenkins que el hecho de que haya puesto en cuestión la frase “verdad histórica”. Pero ya que hasta los historiadores se mantienen alejados de afirmar verdades duras, como narradores universitarios con minúscula abrazan su estatus como los “mejores y más brillantes” de todos aquellos que reclaman el pasado –los historiadores cuentan con su “estatus de expertos” o dónde enseñan, dónde publican, dónde son reseñados– en un bucle cada vez más cerrado que fue brillantemente analizado por Bourdieu, entre otros. Para este, las universidades son diseñadas con “amos” que son responsables del “rechazo instituido de todo pensamiento no institucional, en la exaltación de la “seriedad” universitaria, ese instrumento de normalización que goza de todas las apariencias, las de la ciencia y las de la moral”³⁹. El “saber” histórico académico moralizado presupone la seriedad, las buenas decisiones de las autoridades⁴⁰.

Como ha señalado Jenkins, no hay un “se sigue de” de la historia narrativa a criterios éticos mejores y más sabios: algunos distinguidos eruditos se opusieron a la publicación de *Metahistory*. ¿Hubiese sido una buena decisión? Bourdieu sostiene que la seriedad moral es incesantemente recodificada; mientras mejor posición tenga la institución académica, más necesita controlar tanto el antropomorfismo social (lo que se considera regresivo) y el individualismo espontáneo, como muestra la academia, hoy, esa “amistad” con el consumismo que puede administrar⁴¹. Los encargados de supervisar la educación son los *politropoi*, burócratas del control

³⁹ Bourdieu, 1988, p. 95.

⁴⁰ Buenas decisiones, buena fe: en 2006, Stevens Lavine, el rector de mi (ex-) institución de origen, el California Institute of Arts, despotricó en público contra la publicación de mi *History Out of Joint* (“La historia dislocada”, Johns Hopkins). No podía poner a la venta una crítica inspirada por Nietzsche; las escuelas de arte no pueden sustentarse a sí mismas –paradoja– como escuelas de arte: ahora deben ofrecerse, mediante programas de MFA, como participantes de la salvación de la democracia, Habermas y no Baudrillard. El director del Instituto, ahora rector de la Cornish School of Arts, me dijo que la ley de California hacía imposible una queja contra la acción de Lavine. Véase www.global-french-theory.com para más detalles.

⁴¹ Bourdieu, 1988, p. 149.

institucional, desplegando más de una función y valor, ingeniosos para sobrevivir. Es importante decir entre tanta *actualidad* desagradable que los conceptos de historia profesional y moralidad progresivista no tienen coherencia intrínseca uno con el otro. Comparten un prefijo. Si la historia profesional siempre es “cientizada” (controlada y ambiguamente reseñada por pares), la moralidad progresivista puede ser afirmada por el mero hecho de declararla. En el ensayo “On Disobedient Histories” (“Sobre historias desobedientes”), Jenkins nos recuerda que “el pasado que historizamos es siempre *nuestro* pasado historizado [...] sólo nosotros allá atrás”⁴². El nosotros “allá atrás” se convierte radicalmente en el tiempo –ahora para un lector mistificado en el momento en que un lector toma una descripción o mención o referencia o hecho estéticamente– configurado como algo que puede ser olvidado, sobre lo que se puede dejar de pensar, pero encarnado en el inventario de un lector de *cómo es/fue narrado*. En lo que por cierto es una paradoja de cierta magnitud, uno puede decir que es la representación histórica la que constituye la amnesia. Esto no implica negar los problemas del realismo, por ejemplo, la insistente invitación de Hayden White a tener en cuenta, en cualquiera de sus formas, el “peso de la historia”. Pero el peso está siempre establecido discursivamente dentro de epistemologías inestables. Jenkins retomó la teoría de la *poiesis* de White en nombre de una relación futura basada en la desobediencia con respecto a cualquier conocimiento acomodaticio, satisfactorio, reconfortante, que ponga-la-mente-en-descanso, de los poderes existentes (de grupos, lenguaje, entre otros). En pocas palabras, concuerdo con la admonición de Jenkins de que una “historia superestructural” no utiliza un pasado para que una relación en un presente sea inmune a la crítica, sino que es una plataforma de lanzamiento para una crítica del *ilegítimo rol de guardias* desempeñado por intelectuales, incluyendo a los intelectuales progresistas. A medida que Jenkins se ha desplazado desde el postmodernismo hacia los actos de emancipación, el sistema, tal como él pensaba, ha amalgamado el postmodernismo. Hoy, pensar críticamente es aún más poderoso puesto que las puertas están más resguardadas que nunca. Un perturbador informe sobre los administradores del sistema de la Universidad de California, debiese abrirnos los ojos, *por lo menos*⁴³. Aquí quisiera regresar al par continuidad-discontinuidad para darle, con deliberada ironía, cierta continuidad al proyecto de Jenkins de disputar las continuidades narrativas. La verdadera pregunta es por qué es tan difícil

⁴² Jenkins, 2009, p. 158.

⁴³ Evans 2012, [http:// keepcaliforniaspromise.org/469/soon-every-faculty-member-will-have-a-personal-senior-manager](http://keepcaliforniaspromise.org/469/soon-every-faculty-member-will-have-a-personal-senior-manager)).

articular lo discontinuo sin arruinarlo; es decir, aun cuando se acepta que los grupos usarán narrativas históricas, ¿por qué forzamos lo discontinuo en la continuidad narrativa, que es una forma de privar a lo discontinuo de su poder? Si escritores como John Toews quieren el pasado hecho vivo, ¿por qué no equivalen a eso las voces de todos aquellos falsamente encarcelados en el pasado, en vez de aquellos que satisfacen nuestra melancolía? Si uno “oyese” a los falsamente acusados, ¿quién podría soportarlo? En un pasaje notable de la *Genealogía de la moral*, Nietzsche plantea que esta es una cuestión de monoteísmos, como la cristiandad o el capitalismo (para nosotros), que requieren la deuda para su mera existencia; la continuidad implica un continuo estar en deuda con el pasado y el futuro. Hoy, puede que el estar en deuda con el pasado esté perdiendo fuerza ahora que los bancos y otras instituciones (como los departamentos universitarios) reemplazan a la historia (cuando se la confunde con el pasado) como fuente de obligación. ¿Por qué tenemos historiadores siquiera? ¿Por qué, para empezar, ponemos los acontecimientos y procesos más perturbadores allá atrás en una narrativa? Cuando Jenkins agudamente escribe que en realidad ya no necesitamos del pasado —“no creo que alguna vez lo hayamos necesitado mucho”—, le está pidiendo a sus lectores que cuestionen por qué el conocimiento histórico se nos presenta como deuda; está invitando a la cancelación de la deuda (o “peso”) de la historia⁴⁴.

Quiero acercarme a la conclusión comentando un brillante ensayo de Tom Ford, en el que utiliza lo que él llama una teoría *postdiscursiva* sobre aquello en lo que se está convirtiendo el conocimiento en el ámbito que solía llamarse Ciencias Humanas. Lo postdiscursivo no es un *giro* sino una terminación: el lenguaje como tal ha dejado de ser un medio de conocimiento crítico; en efecto, los teóricos y filósofos críticos invocados por Jenkins son implacablemente absorbidos por condiciones mercantiles modificadas. Ford nos recuerda que la “constitución” del conocimiento en las artes y las humanidades fue hace tiempo templada por un modelo kantiano. El Estado estaba interesado en asegurar que los discursos de las “facultades superiores”, leyes, medicina, y hoy disciplinas como la educación y la economía, sean analizados y criticados por parte de las “facultades inferiores”, es decir, en la época de Kant, la filosofía. La filosofía como tal “cuidaba” los intereses de la ciencia, y de la sociedad indirectamente, al someter a crítica las relaciones entre la facultad “superior” y la sociedad. Kant: “puesto que sin los rigurosos exámenes y objeciones

⁴⁴Jenkins, 2009, p. 235.

de la facultad de filosofía, el gobierno no estaría adecuadamente informado sobre lo que podría ser en beneficio o detrimento suyo⁴⁵. Hoy, sin embargo, cualquier necesidad de crítica como aquella es inoperante, por razones que Jenkins ha señalado cuidadosamente en su lectura de Derrida y la *diferencia*. Por ahora, las humanidades como tal no tienen nada que decir sobre el criterio y la conducta de las facultades “superiores”; la paradoja positiva de la facultad no-instrumental que hace una crítica de los usos instrumentales de la facultad “superior” se ha derrumbado. Las artes y las humanidades quedan así reducidas a *repetir* lo que Jenkins llama su propia *violencia secundaria*, donde “la violenta, arbitraria, contingente [...] relación ilusoria de las palabras con las cosas” se reduce a la protección, aquí, de los departamentos de historia académicos, cuyo interés pivota sobre su “mundo-mental de violencia secundaria [...] realismo, representacionalismo e imperativos éticos no-relativistas”⁴⁶. Una *catacrexis* generalizada atraviesa los discursos de las humanidades, incluyendo sus certezas. Aquí tenemos a Ford:

En cualquier caso, es poco probable que estos nuevos sistemas de gestión del desempeño, vinculados tal como están a los incentivos presupuestarios, sean el conductor fundamental de cualquier futuro giro matemático de las humanidades. Este radica más bien en la pérdida de lo que ha sido la función institucional de las humanidades en una sociedad postdiscursiva: radica, es decir, en lo que ha sido descrito como ‘el aparente abismo funcional de la universidad’. El conocimiento disciplinario es conocimiento despojado de duda. Está garantizado por protocolos que incluyen la libertad de criticar las condiciones de la disciplinariedad misma. De modo tal que la paradoja de la universidad kantiana, como sugiere la lectura de Derrida, se construye desde la auto-reflexividad del lenguaje. El lenguaje problematiza el conocimiento cuando es utilizado para criticar el lenguaje del conocimiento mismo, llevando el acto de conocer hacia las paradojas del auto-entendimiento lingüístico (y que incluye especialmente la irreductibilidad de la posición de sujeto en cualquier afirmación lingüística). En efecto, Kant entiende la autonomía de la universidad como una función de esta naturaleza paradójica del lenguaje. La razón comunicativa ha de controlar la universidad no a pesar sino debido a su capacidad de poner en cuestión su propio funcionamiento. Pero puesto que el lenguaje de la disciplinariedad (y de hecho, el lenguaje mismo) es desplazado

⁴⁵ Ford, 2012.

⁴⁶ Jenkins, 2009, p. 101.

como medio de auto-organización de la universidad, la producción de la paradoja lingüística pierde su prominencia académica. Las humanidades son célebres por haber constituido la ubicación institucional para el estudio de las políticas de la investigación, más que de cualquier otro objeto de conocimiento definido. El ‘debate sobre la disciplinariedad como tal’, como señala Robert Post, se ha situado principalmente en las humanidades. En la universidad postdiscursiva, esta función resulta insostenible, y las humanidades se vuelven tan irrelevantes dentro de la universidad como lo fueron afuera de ella⁴⁷.

Los únicos discursos que tienen algún poder son aquellos que sirven a algún aspecto de la economía y sus autorizaciones políticas. La investigación crítica —lo que Ford llama más arriba “las políticas de la investigación”— se vuelve obsoleta; bienvenidos a la separación del lenguaje crítico de cualquier disciplina que educa para el mercado. Aquello que es académicamente “superior” simplemente ignora cualquier poder menor.

Ahora, ¿no han sido los escritos de Jenkins completamente fieles, devotos, a una *política de la investigación* tal como plantea Ford siguiendo a Kant? Al dejar la historiografía/historia, al esforzarse por salir de una disciplina que tiene un impacto tan bizarro, si no negativo, en la sociedad contemporánea, Jenkins se desplazó él mismo; su línea de fuga (Deleuze) podría describirse como dándole cuerpo a un “sí a la resistencia” a la dominación institucional, política y de otros tipos. Su obra es parte de ese tenue giro en las artes y las humanidades que han tomado en cuenta el acertado aunque sombrío retrato de Ford de más arriba, y que lucha por técnicas y medios de resistencia intelectual. De principio a fin, Jenkins se ha preocupado en sus escritos por la ideología liberal, neoliberal y marxista; ahora, parece obvio, un tipo de aplanamiento mercantil prevalece en las ciencias humanas. En *Capitalist Sorcery* (*Hechicería capitalista*), Stengers, Pignarre y Goffey (2011) invocan las protestas contra la Organización Mundial del Comercio en Seattle (1999) para mostrar que “otro mundo es posible”. Pignarre y Stengers quieren validar prácticas que ayudan a crear un pensamiento eficaz, que no responden a la “realidad” tal como es o a la teoría tal como decreta instrucciones para el pensamiento. El pensamiento en su hacerse, su hacer, es lo que importa —para “otro mundo posible”. Esta es la forma en que Pignarre y Stengers asumen lo que Jenkins, invocando a Derrida, llamó el requerimiento del *polemos*, o el pensamiento fuera del consenso. Configuran su versión de lo que

⁴⁷ Ford, 2012.

Jenkins llama la “profesión histórica”, que incorporan ingeniosamente mediante el nombre de “adlátere”:

El ‘debemos’ al que adhieren los adláteres designa algo del orden de la vindicación de una parálisis. Traduce un tipo de captura [...] los adláteres quedan estupefactos por una prohibición de pensar aquello para lo que están trabajando. Pero eso es al mismo tiempo lo que le confiere infernal ‘creatividad’ a su trabajo [...]. Nombrar no es un acto neutral, no es darle a algo una simple etiqueta –es un acto deliberado que compromete un modo de relación o, en nuestro caso, de lucha [...]. La modernidad nos ha aprisionado en categorías que son demasiado pobres, orientadas en torno al conocimiento, el error, la ilusión [...]. Como resultado, la normalidad amnésica que se establece al ‘permitirle al estado hacerse cargo de’ es convertida en un veneno. Correlativamente, la única cosa que podría permitir resistencia a la captura es un demandante proceso de invención, de conexión, de creación de nuevos problemas⁴⁸.

¿No es acaso esta descripción de los “adláteres” apropiada para el típico historiador universitario, con mayúscula y minúscula?

Si hay tal cosa como una *represión historiográfica* primaria, ciertamente se halla en la escritura, la narrativa, de líneas y puntos de continuidad y discontinuidad, pero especialmente allí donde la discontinuidad es replegada hacia una continuidad redentora. Sí a una resistencia a la historia implica una afirmación de discontinuidad, hacer algo distinto con ella. Al leer la obra de Jenkins, invariablemente leo a un intelectual que, en sus propios términos, resiste la historia narrativa, porque sus “series diacrónicas en última instancia sólo pueden tener sentido si hay una oración final que haga que todas las anteriores sean significativas; jamás se ha encontrado una oración final como esta y resulta increíble pensar que alguna vez haya sido imaginada”⁴⁹. Sólo un intelectual peligroso podría haber dicho algo así. Sólo un blakeano autoequipado con todo tipo de críticas contemporáneas diría algo así.

⁴⁸ Pignarre y Stengers, 2011, p. 34.

⁴⁹ Jenkins, 2009, p. 174.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS:

- Baldwin, P. 2010. "This Highway Runs Both Way." <http://www.nytimes.com/roomfordebate/2010/11/28/why-french-scholars-love-us-colleges/the-academichighway-runs-both-ways>
- Bennhold, K., "Class War Returns in New Guises." www.nytimes.com/2012/04/27/world/europe/27
- Bourdieu, P. 1988. *Homo Academicus*. Stanford: Stanford University Press.
- Davies, M. 2010. *Imprisoned by History*. Londres: Routledge.
- Dewey, J. 1934. (1987, 2010) *Art as Experience*, editado por J. A. Boydston. Vol. 10. Carbondale, IL: Southern Illinois University.
- Ferguson, N. 2010. "America, the Fragile Empire." <http://articles.latimes.com/print/2010/feb/28/opinion/la-oe-ferguson28-2010feb28>
- Ford, T. H. 2012: en prensa. "The Mathematical Turn." ISSJ 209.
- Genette, G. 1999. *The Aesthetic Relation*. Ithaca: Cornell.
- Gold, J. 2012. "The Los Angeles Riots: Inspiration Behind A Culinary Upheaval." latimes.com/features/food/la-me-riot-food-culture-20120426,0,1923598.story
- Gutterplan, D. D. 2011. "History Proving to be a Touchy Topic in Britain." *International Herald Tribune*, November 28.
- Jenkins, K. 1995. *On 'What is History'?* Londres: Routledge.
- Jenkins, K. 2009. *At the Limits of History*. Londres: Routledge.
- Jenkins, K., ed. 1997. *The Postmodern History Reader*. Londres: Routledge.
- Koselleck, R. 2002. *The Practice Of Conceptual History*. Stanford: Stanford University Press.
- Kulish, N. 2011. "Euro Crisis Pits Germany and U.S. in Tactical Fight." www.nytimes.com/2011/12/11/world/europe/euro-crisis-pits-germany-and-us-in-tactical-

- Lindorff, D. 2012. "Holding Transcripts Hostage." times.com/news/opinion/commentary/la-oe-lindorff-student-loan-default-20120502,0,1718690 May 2.
- Mishra, P. 2011. "Watch This Man." *London Review of Books*, <http://www.lrb.co.uk/v33/n21/pankaj-mishra/watch-this-man>
- Munslow, A. 2009. "Afterword." En *At the Limits*, editado por K. Jenkins, 315–321. Londres: Routledge.
- Nietzsche, F. 1997. *The Genealogy of Morals*, editado por K. A. Pearson. Cambridge: Cambridge University Press.
- Pagel, D. 2011. "Art Review." <http://latimesblogs.latimes.com/culturemonster/2011/04/art-review-rebecca-campbell-romancing-the-apocalypse-at-la-louver.html>
- Pignarre, P., e I. Stengers. 2011. *Capitalist Sorcery*. Nueva York: Palgrave.
- Putnam, H. 1995. *Pragmatism*. Londres: Blackwell.
- Roth, M. 2010. "Book Review: 'Crisis on Campus: A Bold Plan for Reforming Our
- College..." <http://www.latimes.com/entertainment/news/la-ca-mark-taylor-20100919>
- Spiegel, G. 2005. *Practicing History*. Nueva York: Routledge.
- Stengers, I., P. Pignarre, y A. Goffey. 2011. *Capitalist Sorcery*. Nueva York: St. Martins Press.
- Toews, J. 2009. "Manifesting, Producing, and Mobilizing Historical Consciousness in the 'Postmodern Condition'." *History and Theory* 48 (3).
- Toulmin, S., and J. Goodfield. 1967. *The Discovery of Time*. New York: Harper and Row.
- White, H. 1994. "Foreword." En *The Names of History*, editado por J. Ranciere. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Žižek, S. 2012. "The Revolt of the Salaried Bourgeoisie." *London Review of Books* 34 (2): 9–10.